



CAPÍTULO XII

LA UNIDAD DE LA ESENCIA DIVINA Y LA TRINIDAD
DE LAS PERSONAS

I

Esto será en el cielo el objeto de nuestra eterna dicha: la contemplación de la esencia divina y de las Personas de la Trinidad. ¿Qué será para nosotros aquella vista del divino Sér, eterno, invariable y perfecto? Dios de nadie ha recibido la existencia, jamás tendrá que perderla. En ese Sér altísimo y perfecto, en esa esencia adorable, descubriremos tesoros infinitos de hermosura y gracia, de bondad y perfección. Su existencia, misterio profundísimo, nos mostrará su virtud omnipotente: existe esa esencia por sí misma, nadie la sostiene, porque ella es la vida por sí misma. Aquí la contemplamos cual piélago insondable de purísima luz, y ese piélago es infinita grandeza y santidad perfecta. Es una la esencia de Dios, y jamás podrá dividirse. En ella vivi-

mos, nos movemos y existimos; nos rodea por todas partes, y está dentro y fuera de nosotros; de ella proceden todos nuestros bienes, y nos cuida y ampara con la más tierna y amorosa protección.

Esta esencia es singular, es el mismo sér, y por tanto es una.—Es infinitamente perfecta, y esta es, asimismo, la razón de no ser sino una solamente, porque la infinita perfección sólo en un sér puede existir.—Su necesidad, su eternidad, el ser infinita como lo es y sumamente buena por sí misma, nos están diciendo que no es sino una sola.—Si no fuese una no existiría, porque es infinitamente grande, y esto no sería si otra esencia pudiera igualarla en grandeza.—Su bondad infinita y su virtud omnipotente son eternas é incircunscriptas.—Ella es el Sumo Bien y el último fin; y por esto es una solamente, pues no existen dos bienes sumos ni dos últimos fines.

La esencia divina tiene en sí misma una belleza infinita, y su contemplación produce el gozo de un amor soberano y perfecto; nada de esto sería si no fuese una aquella esencia. Es una, eterna, perfectísima y amable; lleva en pos de sí todo nuestro afecto, y al amarla somos muy felices; y semejante dicha ¿podría existir en nuestras almas sin la unidad de la divina esencia? Mas ella lo es, y fuera de la misma no hay que buscar ninguna dicha, porque existe en ella la plenitud de todos los bienes. Hermosura divina, arrobador y celestial

encanto, luz que nunca se extingue, vida que jamás desfallece, bondad que nunca se agota. Allá en el cielo arrebatada y suspende las miradas de los ángeles y de los santos, que no piensan sino en ella, y que la aman y bendicen con perfecto é indeficiente amor, y de ella reciben una felicidad que nos es incomprensible, gloria que nunca ha de acabar.—Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria.—Tal es el canto de amor eterno, la incesante alabanza con que á Dios bendicen los ángeles y santos en el cielo. ¿Quién podrá decirnos cuántos son los torrentes de dulzura en que rebosan al entonar tan santas bendiciones? El fuego del amor divino los transforma en sí mismos, y cual si no existiesen, contemplan á Dios sin descanso, piensan en Él, adoran su divina esencia y una y otra vez le colman de alabanzas. Su amor y su dicha no están divididos, y sus alabanzas se elevan humildes y amorosas al Sér eterno, que es uno por su esencia. ¡Oh unidad divina, manantial inagotable de delicias; quién pudiera contemplaros cara á cara, y bendeciros y amaros como lo hacen los ángeles y santos á quienes habéis revelado toda vuestra gloria! Dios es uno, y por esto no hay en Él sino una inteligencia y una voluntad. Su inteligencia es infinita, perfectísima y eterna; se entiende á Sí mismo y se comprende enteramente; su entender es su misma substancia, pues de otra suerte esta substancia se

tendría como una potencia al acto y á la perfección, porque el entender es la perfección del acto de quien entiende, y en Dios no hay forma distinta de su Sér; y, por esto, su entender es su misma esencia.—Su ciencia es causa de las cosas en cuanto tiene unida la voluntad. Su ciencia es infinita; puede conocer cosas infinitas, y esto aun con ciencia de visión; porque el conocimiento de cada uno se extiende según el modo de la forma, que es principio de aquel conocimiento, y la esencia divina es la semejanza suficiente de todas las cosas que existen en acto y que están en su poder ó en el de la criatura, no sólo en cuanto á los principios comunes, sino también en cuanto á los principios propios; y tal ciencia no es sucesiva, sino que existe en un acto (1).

¡Qué luz tan pura y tan hermosa es la de la divina inteligencia! Ella es la misma luz, y todo lo ilumina con su voluntad indeficiente. Nada se le oculta, porque es inmensa é ilumina la vida y la inmortalidad.

El Señor todo lo sabe. Conoce nuestros caminos y cuenta todos nuestros pasos (2); al pensar en esto el temor de Dios se apodera de nosotros; ¿cómo no temer las miradas de Dios Nuestro Señor, cuya santidad es infinita y terrible su justicia? Y ese temor nos aparta del pecado.—Mas también aquellas miradas del Se-

(1) P. p. q. XIV.

(2) Job, XXXI, 4.

ñor nos llenan de paz y de consuelo si caminamos por las sendas de la justicia, porque escrito está que los ojos del Señor están sobre los justos, y esto para librarles de todos los peligros y derramar sobre ellos copiosas bendiciones de los cielos, para tener con ellos una providencia amorosísima y mostrarles en todas ocasiones que nunca les olvida.

Dios me ve. He aquí una palabra llena de dulzura que eleva nuestros ojos á nuestro Padre amorosísimo, Dios me ve, y yo también pongo mis ojos en el que nunca se olvida de mí, y le mando en un suspiro todos mis afectos. Si yo me oculto á sus miradas, por mi parte quiero tenerle presente en todos los instantes de mi vida.—Así hablamos al pensar que Dios tiene sobre nosotros sus miradas, y al pensar en Él, viene la paz á reinar en nuestras almas, y los divinos consuelos nos colman de alegría.

La voluntad de Dios. ¿Quién no ha visto en el fondo de su alma, á esa voluntad dulcísima y amable, cual reina de soberana y eterna grandeza, resplandeciente de hermosura, omnipotente y llena de benignidad y de clemencia? Contemplémosla siquiera un instante desde este punto de vista.

Su majestad y su grandeza. Es la reina del cielo y de la tierra; todo lo llena con el purísimo brillo de su gloria. En su presencia toda rodilla tiene que doblarse en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua tiene que publicar sus alabanzas.

Su omnipotencia. Ella misma es poder soberano y excelso á quien nadie puede resistir. Dijo y todo fue hecho; mandó y todo fue creado.

Su providencia. Todo lo dispone la santa voluntad de Dios según sus designios, llenos siempre de verdad y de justicia, de misericordia y de clemencia, y lo gobierna todo con suavidad y fortaleza.

Su bondad y su dulzura. ¿Con qué palabras podremos expresar esa dulzura, esa bondad que atesora en su divino seno la voluntad de Dios? Ella misma es la bondad y la dulzura de que hablamos. San Pablo la llama voluntad de bondad; esto es, una voluntad benevolentísima para con los hombres, inclinada enteramente á hacernos bien; voluntad que quiere que seamos buenos, puros, santos, como Dios es bueno, puro, santo; y que en todo esto crezcamos diariamente, participando é imitando cuanto sea posible la bondad, la pureza y la santidad de Dios Nuestro Señor.—Esa voluntad es una madre dulcísima que nos lleva en su seno y nos trae en brazos, y no nos ha de dejar hasta la última vejez, hasta que encanecemos (1). ¿Quién ha podido contar los desvelos de su amor para con nosotros! No duerme ni dormita, y llena de benignidad y de dulzura, nos habla en estos términos: Yo soy quien te cuida; yo estoy á tu lado pora defenderte. Ni el sol te quemará de día, ni la luna de noche. Te preservaré de todo

(1) Isa. XLVI, 3, 4.

mal; guardaré tu alma. Te guardaré en todos los pasos de tu vida, desde ahora y para siempre (1). ¡Qué palabras tan propias de la más tierna y cariñosa madre, cual es para nosotros la santa voluntad de Dios Nuestro Señor! Sería un crimen no confiar en ella; no descansar en su seno, una desgracia incomparable; y ¿qué sería el no amarla? A la desgracia y al delito se añadiría una ceguedad tristísima, que casi no tendría remedio.

Después de habernos detenido en tan santos pensamientos, preguntamos: ¿qué relaciones hay entre la voluntad de Dios y su esencia? Aquella voluntad es esta misma esencia, como también lo es la inteligencia divina. Estas son las espléndidas riquezas que atesora en su seno la esencia de Dios, y esta esencia es una, bellísima y santa. Adoramos la unidad, y su belleza nos arrebató y encanta, y la santidad de esa esencia pone en nuestros labios dulcísimos himnos de amor y de alabanza: Bendición y caridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza, á Nuestro Dios y Señor, uno siempre en su divina esencia.

(1) Ps. CXX.

II

Los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas, quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias, porque en tí está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (1). Es el Padre á quien habla David; la fuente de la vida es el Hijo; y luz de luz es el Espíritu Santo (2). Tal es el gran misterio de la divina Trinidad, altísimo é incomprensible á la razón humana; misterio en el cual nosotros creemos con la fe más humilde y sentida; oigamos, pues, lo que esta fe nos enseña, y pensemos siquiera un instante en aquel adorable misterio.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas realmente distintas, que, sin embargo, no son sino un solo Dios verdadero; esas personas son enteramente iguales; no se confunden entre sí, y sin embargo tienen una misma substancia; una misma es la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; su gloria es igual, y es coeterna su majestad. Cual es el Padre así es el Hijo y así es también el Espíritu Santo. El Padre es increado, y lo mismo es el Hijo, y lo es de la misma manera el Espíritu

(1) Ps. XXXV, 8-10.

(2) Ambros. *De Espirit. Sanc.*

Santo. Inmenso y eterno es el Padre, y así lo son el Hijo y el Espíritu Santo; mas no hay tres increados, ni tres inmensos, ni tres eternos. El Padre es omnipotente, es Dios, es Señor; y asimismo lo son el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es ingénito, el Hijo es engendrado y el Espíritu Santo procedente; pero ninguno ha sido hecho ni creado. En la Trinidad no hay sino un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo, y en ella no hay nada anterior ó posterior, nada mayor ó menor: las tres Personas son coeternas entre sí y enteramente iguales, y por esto veneramos la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad. ¡Qué perfección tan admirable, y qué gloria tan hermosa y pura! Al pensar en esta gloria y al contemplar aquella belleza divina, arrebatadas nuestras almas de amor y de entusiasmo, tienen que exclamar: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Bendita sea la gloria del Señor. El es nuestra esperanza, Él nuestra salud y toda nuestra gloria. El Padre es caridad, el Hijo gracia y el Espíritu Santo comunión. Veraz es el Padre, el Hijo es verdad y el Espíritu Santo también es verdad, y las tres divinas Personas no son sino una substancia.

Los nombres propios de la primera Persona son: Ingénito, no engendrado; Principio, Padre. El Padre de ningún modo es producido, y Él es el principio de la Divinidad, porque de Él proceden el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre

es absolutamente improductible y es por sí mismo. ¡Qué majestad la suya, gloriosísima y sublime! Tiene en sí mismo la vida, y su nombre de Ingénito nos revela su virtud omnipotente.—Si Él no procede de nadie, de Él proceden el Hijo y el Espíritu Santo, á quienes comunica la divina esencia, su gloria y majestad, y es con ellos un solo Dios verdadero. ¡Oh fecundidad incomprensible, oh adorable é infinita grandeza la de aquel altísimo Señor de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo!

La primera Persona no reconoce principio ninguno, mas es Ella misma eterno y adorable principio; es la plenitud del sér, su fecundidad es infinita; es fuente inagotable de vida y de verdad, de luz y de amor.

Además de Ingénito y Principio, hay otro nombre dulcísimo y santo, el de Padre, que corresponde á la primera Persona, en cuanto la significamos según que es el principio de las otras, por modo de origen ó de procesión; y de esta manera, el nombre de Padre es nocional, y se dice antes nocional que esencialmente, respecto de la primera Persona, porque tal nombre le conviene primero respecto de su Hijo divino que con relación á las criaturas; pues el Verbo de Dios es perfectamente semejante á su divino Padre, y las criaturas no lo son, puesto que se hallan á inmensa distancia de su Criador.

Hijo de Dios, Verbo divino, imagen del Padre. Tales son los nombres propios de la segun-

da Persona de la divina Trinidad. La llamamos Hijo, porque ha sido engendrada de la substancia del Padre. Es su Verbo, porque es el término del entendimiento fecundo del mismo Padre. Es su imagen, por la semejanza en la naturaleza, que en fuerza de su procesión tiene con el mismo Padre.

Espíritu Santo, Amor divino, Don de Dios. Tales son los nombres de la tercera Persona. Es espirada pasivamente y de esta manera el nombre de Espíritu le es enteramente propio.

La santidad se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios, y como la tercera Persona procede por modo de amor con que Dios se ama, convenientemente la llamamos Espíritu Santo (1), y como Él es término subsistente y personal del mutuo amor del Padre y del Hijo y término de la acción de su voluntad, por esto también le llamamos amor, peso y soberano impulso.

El nombre Don, en sentido personal, es propio del Espíritu Santo; porque don, con toda propiedad, es dádiva irrevocable, esto es, otorgada sin esperanza de retribución, y, por lo mismo, es verdadera donación gratuita, y la razón de ésta es el amor, porque damos gratuitamente alguna cosa á una persona porque queremos el bien para ella, y lo primero que le damos es el amor, que tiene, por este mismo motivo, razón de primer don, y por él se dispensan todos los dones gratuitos. Procediendo, pues, el Es-

(1) D. Th., p. I, q. 36, a. I.

píritu Santo como amor, procede en razón de don primero; y como haber nacido es proceder el Hijo del Padre, así ser don de Dios es proceder el Espíritu Santo, del Padre y del Hijo (1).

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: en cada una de estas tres Personas brillan la verdad y la grandeza, la majestad y la gloria, el poder y la divinidad, una hermosura perfecta y una santidad adorable; son un mismo Dios en quien creemos y esperamos, y á quien debemos amar sobre todas las cosas y con todas nuestras fuerzas, porque Él es nuestro Dios y Señor que nos colma de incesantes beneficios y se ha dignado aceptarnos por sus hijos. Somos, en efecto, hijos de la adorable Trinidad. Hablando sobre esto el Angel de las Escuelas, dice lo siguiente: La diferencia entre el hijo adoptivo de Dios y el natural está en que éste es engendrado, no hecho, y si algunas veces se dice que éste es engendrado, se entiende que lo es á causa de la generación espiritual, que no es natural, sino gratuita. Mas, aunque engendrar en lo divino es propio de la persona del Padre, el producir cualquier efecto en las criaturas es común á toda la Trinidad; porque donde hay una sola naturaleza hay una virtud y una sola operación. La filiación adoptiva es cierta semejanza de la filiación eterna, así como todas las cosas que se han hecho en el tiempo son ciertas semejanzas de las que fueron en la eternidad. Mas el hom-

(1) I, P. Q. XXXVIII, a. II.

bre se asemeja al esplendor del Hijo eterno por medio de la caridad y la gracia que se atribuyen al Espíritu Santo, y por esto, la adopción, aunque común á toda la Trinidad, se apropia al Padre como autor, al Hijo como ejemplar y al Espíritu Santo como al que imprime en nosotros la semejanza de ese ejemplar (1).

Somos hijos adoptivos de Dios. ¿Cuáles son los sentimientos que tal adopción debe producir en nuestras almas? Los de amor, respeto y obediencia y la más profunda y tierna gratitud.

¡Qué bien empleamos nuestro amor al ponerlo en el más excelente de los padres! Nos ha engendrado por su voluntad, por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas (2) No la necesidad, sino el amor ha precedido á nuestra adopción; amor grande que tenemos que pagar con todo el nuestro. Tal adopción nos eleva en gran manera, nos confiere una dignidad muy grande, y ya podremos llamar á Dios Nuestro Señor con toda libertad y con la más amorosa confianza, con el dulcísimo nombre de Padre. Esta es nuestra dicha y todo el bien de nuestras almas. Dios es nuestro Padre, y fija sus miradas de amor y de ternura en sus hijos adoptivos, nos protege y ampara y nos colma de bienes celestiales. ¿Qué podrá faltarnos teniendo á Dios por Padre? Su infinita bondad y su ternura inclinan hacia Él

(1) III, P. Q. XXXIII, a. II, et ad tertium.

(2) Jac. I, 18.

todo nuestro afecto. Él es nuestro Padre y nos ama con un amor muy grande; somos nosotros sus hijos adoptivos y le amamos con todo el corazón,

La eterna y gloriosa majestad de nuestro dulce Padre, nos rinde á sus pies para adorarle llenos de respeto y humildad muy grande, y al bendecirle y al glorificar su santo nombre lo hacemos siempre con temor filial, porque es infinita su grandeza y Él merece todo honor y gloria.

Es Dios nuestro Padre querido y nosotros sus humildes hijos, que ciframos toda nuestra dicha en cumplir su voluntad divina. Oh Señor, le decimos una y otra vez, enseñadnos á cumplir vuestra santa voluntad. ¿Qué queréis que hagamos? Y la voluntad de Dios es la santificación de nuestras almas, y Él quiere que le amemos. Cumplamos, pues, tan santa voluntad; sirvámosle todos los días de nuestra vida y suyo sea para siempre todo nuestro amor.

